La mujer y la familia

La escuela del amor

Por PERLA CARTAYA COTTA
Ilustración: BALLATE

Quien se acerque a la existencia histórica de la familia cubana podrá apreciar su permanente vínculo con el esfuerzo del pueblo para lograr y preservar la independencia y soberanía nacional, sin renunciar a su fe cristiana ni a las costumbres y tradiciones que forman parte y embellecen la cotidianidad hogareña. Pero es imposible reflexionar sobre la familia, célula básica de la sociedad, sin tener en cuenta a la mujer (abuela, madre, esposa, tía...) porque ella –integrante fundamental en esta- desempeñó y sigue desempeñando un rol trascendente en el sueño de siempre: lograr una vida plena, amorosa, de riqueza espiritual para todos los suyos –estén lejos o cerca- en el cálido hogar que tiene por Reina y Madre a María de la Caridad.

I

En la realidad histórica del siglo XIX, luchar por la independencia implicó para la mujer cubana dejar atrás casa, costumbre y hábitos para adentrarse con la familia en los intrincados montes y convertirse, de hecho, en un miembro activo del ejército mambí que, además, mantuvo la responsabilidad de velar por la integridad física y espiritual de los hijos en muchísimos casos nacidos en la manigua. Un fuerte concepto de la unidad familiar tuvieron aquellos próceres que “mudaron” sus hogares bajo condiciones tan adversas, y una dosis muy elevada de coraje, amor y fidelidad denotan aquellas mujeres que apostaron por el lecho de hojas antes que alejar a los hijos de sus padres, antes que estar ausente cuando los hombres de la casa regresaran del combate, ocasión que esperaban anhelantes e implicaba redoblar los esfuerzos personales, porque entonces realizarían funciones de enfermeras, cocineras y lavanderas, en fin, todo lo que el momento requiriera.

Mirta Aguirre acertó cuando en su ensayo *Influencia de la mujer en Iberoamérica*, llama “guerras familiares” a nuestras contiendas por la independencia: en la mayoría de los casos participaron en las mismas familias enteras. A fuerza de coraje y sacrificio, la cubana forjó una tradición de heroísmo y amor que germinó en el hogar y creció en los campos para continuar en la diáspora (que para algunas de ellas comenzaría en 1869), debido más que a las complejas y difíciles circunstancias presentes en los campos de Cuba, a las delaciones y la prisión o muerte del esposo.

La vida de la mujer fuera de Cuba fue aún más dura: incompleta la familia debido a la ausencia del esposo debió enfrentar el sostenimiento de los hijos y ancianos a su cargo, más el suyo propio, y salir adelante; vida agobiante aquella que diariamente ponía a prueba la decisión de no dejarse vencer. Trabajó, de acuerdo con sus posibilidades, como profesora de música, maestra, cocinera, costurera, cigarrera y jornalera agrícola, entre otros menesteres, siempre admirable en el ejemplo para los hijos y en la realización de una misión para la cual no había sido preparada en la infancia. Enfrentó, además, todo lo que implica la lejanía de la patria y tuvo que aprender a sortear, aún en los Estados Unidos, la vigilancia española que no la dejaba en paz por ser cubana y mambisa, y algo más difícil: aprender a pensar y a decidir por sí misma, de manera que, poco a poco, fue cuajando en ella la aspiración de lograr reivindicaciones sociales y políticas.

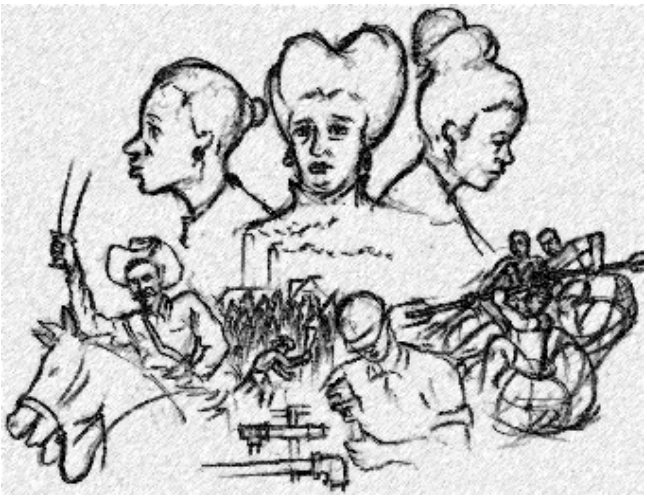
A partir de la instauración de la República en 1902 irán surgiendo organizaciones feministas: el Club Femenino de Cuba, cuyos miembros organizaron el acto de calle al hacer suya la cívica protesta que inició don Cosme de la Torriente ante la pretensión de ciertos sectores de anexar Isla de Pinos a los

Estados Unidos, y la Federación de Sociedades Femeninas, bajo cuyos auspicios se efectuaron dos congresos nacionales de mujeres, los únicos de la etapa republicana. Esos congresos –celebrados en La Habana en 1923 y 1925- fueron pruebas irrefutables del talento y la capacidad organizativa de la mujer cubana; expusieron y sometieron a debate la gama de problemas sociales que ellas y sus familias enfrentaban, sin dejar de proponer soluciones atinadas. Estos eventos fueron los primeros de este género celebrados en la América Latina.

II

A partir de 1959 proliferó la incorporación de la mujer al trabajo. Se abría un nuevo camino en el que esperaban por ella la superación educacional y el trabajo voluntario, acompañadas de otras posibilidades laborales y culturales. Comenzó una etapa de reconocimientos legales para ella y su familia, plasmadas en la nueva Constitución y en la Ley No. 1289, de febrero de 1975, conocida como Código de Familia, cuyo artículo 1 plantea, entre sus principales objetivos, "contribuir al fortalecimiento de la familia y de los vínculos de cariño, ayuda y respeto recíproco entre sus integrantes". Pero ocurrió que en ese camino también le aguardaban escollos –tal vez más de la cuenta- que le harían muy difícil prestarle a la familia la atención que debía y quería darle: la jornada laboral (a veces excesivamente larga) y todo lo que la acompañaba, el tiempo dedicado a la superación, las dificultades con el transporte que retardaban el regreso al hogar, en fin, todos los problemas que se fueron presentando con el transcurso del tiempo y que aún perviven. No todas tuvieron una mamá que las ayudara, ni un esposo que las apoyara. Y en ese largo debate con la vida y con su propia existencia, la mujer no siempre supo o pudo quedar invicta: crecieron las cifras de divorcio y también las de alumnos con problemas académicos e indisciplinas frecuentes, conflictos dolorosos que, de hecho, agredían la armonía y la unidad familiar.

Entre los males que heredamos del pasado está el exilio, aunque por causas diferentes a la etapa colonial. Ninguna ley ni restricción ha podido impedir que la familia cubana, en no pocos casos, se desmorone o debilite debido al éxodo creciente que se ha padecido en el país y que no parece tener para cuando acabar. Esto, inevitablemente, ha provocado una estela de dolor y ausencia que, en algunos casos, ha significado olvido. Tengo amigas que sufren en sus hogares situaciones muy difíciles debido al deseo insatisfecho de "partir" que obsesiona a hijos y a nietos. Pero a mi modo de ver, hay otros peligros que también acechan a la célula más importante de la sociedad.



El tesoro más preciado del ser humano es la familia y requiere ser protegida y cuidada con esmero. Esto exige de la pareja "... una postura ética definida e iluminada por el Evangelio y, en no pocos casos, tomas de posición claras en orden a preservar y defender los mismos elementos naturales que sostienen la institución familiar y la dignidad de la vida humana, menospreciadas y amenazadas por la ola globalizadora de lo intrascendente posmoderno, donde no hay fijación de valores, con el hombre y la mujer los cuales pisan terrenos movedizos en los que suenan extrañas las palabras definitivas y totales que vienen de Dios y que la Iglesia nos propone en nombre del Señor..., entre ellas: "...recibirás con amor a tus hijos..." La riqueza de esa doctrina se traduce en "un sí a la vida, un sí a la fidelidad, un sí a la perdurabilidad del amor". Pero estas afirmaciones, lamentablemente, tienden a estar ausentes debido, en muchos casos, a la innegable crisis de valores que nos agobia.

Evoco en este instante la celebración eucarística del papa Juan Pablo II en Santa Clara: "Cuba, cuida a tus familias". Mas ¿cómo hacerlo? "A la familia se le cuida poniéndola bajo la luz bienhechora de la fe que nos revela el amor de Dios hacia nosotros". Y aunque es cierto que el amor resulta algo espontáneo y connatural a la familia, la mujer no puede olvidar (tampoco el hombre) que el amor de

pareja no es una planta silvestre, sino sembrada, que requiere ser atendida con esmero: de otro modo puede crecer raquítica o, sencillamente, fenecer.

Los hijos necesitan unos padres que se amen de veras porque "... el hogar es la escuela del amor, un amor que se aprende al vivir en un clima donde se respira amor..." Los hijos, que deben nacer de un acto de amor, necesitan crecer en un ambiente de ternura y respeto, testimonios de que el sentimiento que los trajo a la existencia se mantiene vivo y fuerte. Pero niegan ese necesario entorno las palabras fuertes, la mirada hostil, el gesto agresivo u hosco y otras manifestaciones de la violencia que se esfuerza por adueñarse de nuestras calles y que a veces parece empujar las puertas de algunas casas.

La mujer cubana siempre ha sido presumida, pero tal vez se ha debilitado la tradición de lucirle a su esposo; ahora se arregla, por lo general, para ir al trabajo. El trabajo y la Iglesia, para las mujeres cristianas, son casi siempre, sus únicas salidas; y no es culpable de que esto ocurra. Cada día acepta el reto de llegar a tiempo al trabajo y regresar "en tiempo" al hogar, que permanece oscuro y cerrado hasta que ella llegue, a menos que haya una abuela que le de vida en su ausencia; los hijos: en el círculo infantil, la escuela o la beca, casi siempre. Y el esposo: en el trabajo o de viaje. Hacia la noche, ya en casa, la mujer se pone "cómoda" para enfrentar las tareas hogareñas de cada día, lo cual casi siempre quiere decir desaliñada e impresentable si llegara una visita, lo cual es infrecuente en la actualidad: ya casi nadie tiene tiempo de hacerlo. Me parece que tiende a olvidar, presionada por las circunstancias, que la rutina es uno de los más fuertes peligros que enfrenta la relación íntima del matrimonio.

En los hogares se abusa de cierta tendencia individualista que lleva a los miembros de la familia a entrar y salir según su propio programa, a comer con el plato en la mano frente al televisor (si hay electricidad) o hasta de pie, por la prisa de salir de nuevo. Se está perdiendo otra tradición: la de sentarse a la mesa todos juntos, en un encuentro alegre, para compartir con armonía lo que mamá o la abuela hayan podido "inventar" o "conseguir". Sé que hay familias que sólo comen juntos el día de la Nochebuena. La sobremesa, momento apropiado para compartir las cosas importantes y hasta las pequeñas cosas gratas del día, por ende tampoco existe. En las condiciones levemente esbozadas es muy difícil para la mujer, taller de la vida según el decir martiano, formar en los hijos valores evangélicos que seguramente alimentan en su amor de madre. Pero hay que insistir. El amor: a Dios, a la familia, a la patria y a la libertad, el sentimiento de justicia, el sentido del deber, la honestidad, la sinceridad, la sencillez, el pudor, el respeto a los mayores y el buen decir, deben ser inculcados a los niños desde pequeños.

No cabe el cansancio: es muy grande "la fuerza avasalladora de la corriente que arrastra a los adolescentes y jóvenes a modales de comportamiento disgregadores de la familia, que no ayudan a congregarla y que no los preparan a ellos y a ellas para la responsabilidad de fundar y cuidar una familia en un mañana inmediato..." En ciertas etapas de la vida -expresó en el Jubileo de la Familia Su Eminencia, el Cardenal Jaime Ortega Alamino-, hay que extremar la delicadeza del amor, que incluye la capacidad de escucha y la comprensión, "pero hay que tener, además, el coraje de hablar con claridad y seriedad de los valores irrenunciables para un cristiano".

Enfrentar con inteligencia las influencias externas que tienden a alejar a los muchachos de la castidad y del decoro, requiere de los padres entereza y entrega. Está en juego el futuro de los hijos y de los nietos, pero también el de la nación: *no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad*, nos recuerda el padre Varela desde la historia. A pesar de las dificultades que nos abruman, tengo fe (si no se ha logrado rezar en familia) en que la oración sostenida y fuerte a nuestra Madre, María de la Caridad, posibilitará que la mujer pueda lograr que su hogar sea para los hijos una escuela de amor.

Referencias:

1. Todas las citas corresponden a la homilía del Cardenal Jaime Ortega Alamino, pronunciada en la Catedral de La Habana el 17 de junio de 2000.